

¿Por qué traducir a Luisa Passerini?

Hillary Hiner*

UDP

Santiago, 2016

hillary.hiner@udp.cl

Acepté con mucho gusto la invitación de Revista Aletheia de escribir una introducción a la traducción realizada por Constanza Verón de este texto de Luisa Passerini. Como ya he señalado en otra ocasión (1), existe una sub-utilización y bastante desconocimiento de la obra de Passerini en Latinoamérica. Esto es bien lamentable, y, seguramente, algo que esta traducción podría ayudar a remediar, ya que Passerini, desde sus primeros trabajos sobre el fascismo en Italia, ha contribuido de manera importante a las discusiones sobre memoria y género. Ella ha hecho esto de diversas formas en sus múltiples textos, explorando, en particular, la relación entre la metodología de la historia oral, la subjetividad y la política. En los párrafos que siguen, me limitaré a hablar sólo de una parte muy pequeña de esta bibliografía – el artículo traducido – “Una memoria para la Historia de las Mujeres”, publicado originalmente en inglés en 1992 en la revista *Social Science History*, y los posibles usos de este texto en la historiografía latinoamericana.

En primera instancia, este texto, al igual que su libro de *Autobiografía de una Generación: Italia, 1986* (1996), nos ofrece la posibilidad de hacer un análisis comparativo entre los procesos históricos italianos y latinoamericanos a la hora de pensar la Guerra Fría, la “nueva izquierda” y el auge del movimiento feminista de “segunda ola”. Hasta ahora, ha habido muy pocos estudios históricos que utilizan marcos transnacionales para pensar estos procesos aunque podríamos argumentar que el “68”, y la generación de jóvenes que estaba cambiando la política en ese momento, fue un fenómeno, sin duda, “globalizado” (aunque no se ocupaba tal lenguaje en ese momento). Aquí Passerini plantea varios aportes interesantes, superando la linealidad de pensar en las mujeres feministas como ex miembros de partidos y grupos de nueva izquierda – aunque una cantidad no menor también fue de esta genealogía política –, y pensando más que nada en cómo los discursos y prácticas del ‘68 permitieron crear un espacio político propicio al surgimiento posterior del feminismo, en el sentido de que promocionó el “poder de la palabra” y la democratización de la participación, mientras cuestionó el autoritarismo en todas sus facetas, rompiendo, así, las dicotomías entre lo privado/público y lo individual/colectivo. Como señala Passerini en su análisis de un documento de un colectivo feminista, podríamos pensar que el movimiento feminista de segunda ola en Italia tomara al movimiento estudiantil del ‘68 “como un punto de partida (y al mismo tiempo un punto de no retorno) hacia una política diferente”.

No obstante, y, a la misma vez, es también importante rescatar justamente las variadas formas en que las mismas mujeres feministas vivieron este tránsito y, en particular, sus experiencias con la

izquierda, como lo que ella misma hace en su colaboración con el archivo del Centro de la Mujer de Bolonia, el Centro de Documentación de la Mujer. Al leer sobre este trabajo no pude sino no reflexionar sobre la falta de trabajo de este tipo en Latinoamérica, adonde la Historia Reciente, a la hora de pensar género y la participación de mujeres, ha tendido a privilegiar aquellas memorias que tienen que ver con agrupaciones de familiares afectados por los detenidos-desaparecidos, y adonde hay bastante poco diálogo entre textos dedicados a esta temática y aquellos cuyos referentes principales son las mujeres ex presas políticas o las feministas. Como he tratado de plantear en mis propios trabajos, esto es bien desafortunado, ya que estos movimientos sociales jamás existieron en un vacío, libre de otras posibilidades políticas: en otras palabras, las ex presas políticas, mujeres familiares de afectadxs, y feministas (y, ¡jojo! hubo mujeres que podían ser todas estas identidades a la misma vez) hacían política frecuentemente en los mismos espacios, o en espacios contiguos, durante los años de la dictadura y la postdictadura en el Cono Sur. Las historias de vida de muchas mujeres activas en la política durante los años 60 y 70 nos revelan con mucha claridad estos cruces, enredos y devenires, no exentos de tensiones y conflictos, en particular a la hora de pensar la relación entre ser de izquierda y ser feminista. Como nos recuerda Passerini, esta relación es muy compleja y definida, en muchos casos, por variables muy precisas, como la territorialidad, la temporalidad, y el contexto socio-histórico, haciendo la comparación entre las feministas más de izquierda en Emilia-Romagna (la “región roja”) versus las feministas más separatistas y radicales (y aquí, sin decirlo, probablemente se refería a grupos como Rivolta Femminile, más conocido por el texto de una de sus fundadoras, Carla Lonzi, llamado “Escupamos sobre Hegel”, publicado en 1971).

Aquí también encontramos bastante de lo transnacional a la hora de pensar la relación entre izquierda y feminismo, como también entre feministas de grupos de izquierda y feministas de grupos lesbo-feministas, radicales y/o separatistas, en Italia y lo que ocurre en América Latina, ya que es del todo conocido el nivel de roce que ha existido históricamente entre estas distintas configuraciones políticas. No obstante, lo que no se ha investigado con mucha precisión es justamente como el rechazo de espacios políticos “mixtos” de hombres y mujeres o la misma “promesa igualitaria” del marxismo por parte del lesbo-feminismo radical también tiene raíces en el profundo machismo y homofobia dentro de grupos de izquierda (tanto tradicionales, como sus vertientes de “nueva izquierda”). Esto, además, en contextos políticos de la época cuando se priorizaba la “clase” siempre por sobre cualquier otra variable (género, raza, etc.) y se exaltaba un cierto tipo de liderazgo, encapsulado en la figura hetero-varonil del Che Guevara. No tengo el espacio para desarrollar con total plenitud estos argumentos, pero ya existen bastantes textos, de autores como James Green, Alejandra Oberti, Paola Martínez y Tamara Vidaurrázaga, que demuestran como se vivía el machismo dentro de los grupos de nueva izquierda en el Cono Sur, como ERP y Montoneros (Argentina), MIR (Chile), ALN (Brasil) y Tupamaros (Uruguay). Lo que no se ha trabajado con tanto esfuerzo, por lo menos hasta ahora, es cómo hubo feministas que

emergieron de estos mismos contextos de una izquierda machista y/o qué tipo de feministas se formaron como parte de, o en oposición a, las corrientes de izquierda que se manifestaban en su particular contexto socio-histórico.

Respecto a este último punto – la exploración de cómo se fueron desarrollando subjetividades feministas durante los años 70 y 80 – Passerini nos recuerda un hecho irrefutable: ningún movimiento feminista del S.XX en adelante puede situarse desde un “borrón y cuenta nueva”, como si el feminismo sólo apareciera en ese momento, sin historia ni antecedentes. Y, no obstante, este planteamiento a-histórico es demasiado común en la Historia del feminismo. Yo misma lo veo cuando se habla de la lucha por el aborto libre en Chile, pero sin reconocer que el aborto ha estado dentro de las luchas feministas desde fines del S.XIX, con los planteamientos de las feministas obreras y el Movimiento de Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCh), o cuando se habla de la violencia en contra de las mujeres estudiantes en las marchas de hoy, sin considerar la violencia política sexual de la dictadura (vínculo que justo denuncian grupos como el Centro Cultural por la Memoria “La Monche” en Concepción o Mujeres Sobrevivientes Siempre Resistentes en Santiago) y la forma en que estas prácticas violentas no fueron, en ningún momento, erradicadas de las fuerzas policiales y militares.

Finalmente, la cita de María Mies, reproducida en el texto de Passerini, es tan verdad ahora como fue en 1983: “sólo cuando las mujeres puedan utilizar su propia historia (...) como arma en la lucha por ellas mismas, y para todas las mujeres, se convertirán en sujetos de su propia historia”, y es particularmente esclarecedora en ese sentido, ya que nos recuerda la importancia del archivo feminista en el quehacer de lxs historiadorxs. Propongo que es aquí adonde debemos detenernos a reflexionar, ya que nos encontramos con una deuda más o menos importante a nivel latinoamericano. ¿Cuántos países cuentan con archivos específicamente feministas, que incluyen tanto fuentes orales como escritas, preservadas en buen estado y bajo todas las condiciones archivísticas necesarias? ¿Cuántos materiales feministas del pasado – hojas ya amarillas con gritos para la marcha, fotocopias anilladas de textos feministas fundacionales y manifiestos propios, afiches e invitaciones a encuentros, marchas y seminarios – ya hemos perdido a la humedad, la negligencia o el basurero? Y al ir muriendo las feministas de los años 70, ¿cuántas de estas voces – en particular las de aquellas mujeres no académicas, de mujeres que no trabajan en ONGs de las grandes ciudades, sino las más populares, las activas en poblaciones, sectores rurales o zonas geográficamente aisladas de los países – estarán silenciadas para siempre, rompiendo de una vez justamente la posibilidad de hacer esos nexos intergeneracionales de que habla Passerini? Al considerar estas preguntas, creo que los desafíos para lxs historiadorxs feministas están más o menos claros; ahora, nos toca actuar, y ojalá antes de que sea demasiado tarde.

Notas

(1) Hiner, Hillary. "'Memory Speaks from Today': analyzing oral histories of female members of the MIR in Chile through the work of Luisa Passerini", *Women's History Review* 25 (3): 382-407. Algunos de los argumentos expuestos aquí también se trabajan, y con más detalle, en este artículo.

* Hillary Hiner, es historiadora feminista, doctora en Historia de la Universidad de Chile y Profesora Asistente en la Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales. Trabaja temas de violencia, género, feminismo, sexualidades, memoria e historia oral en el contexto de la Historia Reciente de Chile y Latinoamérica.